

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 249

Valencia, 8 de Octubre de 1937

María Carbonell, 2

EN LA
playa de Calpe se encuentra un torpedo cuyas características corresponden a los torpedos de los submarinos italianos

Nota del Ministerio de Defensa Nacional

Interesantes declaraciones del Jefe del Gobierno

Suscribo las palabras del Presidente Roosevelt.—La guerra terminaría antes de la Primavera si se retirasen de España, Alemania e Italia

En el caso contrario sobrevendrá la guerra mundial

El Presidente del Consejo, doctor Negrín, ha concedido una entrevista a un corresponsal extranjero. Requerido por este periodista para que expresara su opinión sobre el discurso de Roosevelt, en señor Negrín ha dicho:

—Las palabras del ilustre Presidente de los Estados Unidos las suscribo íntegramente. Vienen a reforzar el movimiento moral que se está produciendo en el mundo contra los procedimientos de violencia y de deslealtad internacional de los países totalitarios. Creo que contribuirán a despejar la atmósfera espesa y amenazadora que envuelve las actividades de los pueblos pacíficos. Y es lástima que no hayan resonado antes, cuando podían influir en las deliberaciones de Ginebra respecto a España.

Interrogado luego el Jefe del Gobierno sobre la situación y porvenir de la guerra, respondió:

—Yo estimo que aún es tiempo para evitar las consecuencias inminentes de la guerra española, que no pueden ser otras que la conflagración mundial. Para obtener tal resultado, urge modificar la actual política de condescendencia con los países agresores. La guerra terminará antes de que llegue la primavera, si se obliga a Alemania e Italia, a que recluyan sus ambiciones expansionistas y retiren sus fuerzas de España. Si continúan asistiendo a Franco, no será posible evitar que el conflicto se extienda y alcance terribles proporciones allá por el verano.

Por nuestra parte nos preparamos para una guerra larga. Formar un ejército no es tarea fácil. En la guerra de 1914, Norteamérica tuvo que improvisar un ejército a tono con el que tenía que medirse. Y necesitó bastante tiempo, pese a las magníficas posibilidades técnicas de que disponía la gran nación. A Inglaterra le ocurrió lo mismo. Nosotros, aun con nuestra pobreza y las dificultades de tener que organizar nuestra defensa con el enemigo en casa, hemos alcanzado resultados que nos autorizan a enorgullecernos. Aún nos falta mucho. Pero, como he dicho antes, nos prestamos técnicamente para una guerra larga. Dentro de poco, además de un ejército potente, poseeremos una industria de guerra que producirá cuanto necesitemos.

El quebranto de España, obligada a tantos sacrificios, es inmenso, pero será insignificante comparado con el que sufrirá el mundo al extenderse el conflicto.

El corresponsal le preguntó al Jefe del Gobierno cómo se desarrollarían los acontecimientos en el supuesto de que se vean obligadas Alemania e Italia a retirar su protección a Franco.

—En este caso la guerra terminaría en dos o tres meses. Prácticamente no sería una guerra, sino una acción de policía. Hay que considerar que las guerras no se ganan sólo con triunfos militares. Si así fuese, al principio la habría ganado Franco, que nos llevaba la ventaja de disponer de un ejército cuando nosotros teníamos que crearlo. De la misma manera la habría ganado Alemania, que militarmente tuvo en la guerra mundial éxitos indiscutibles. Pero existe otro factor. La fe en el triun-

fo. Los facciosos españoles carecen de esta fe profunda. Únicamente confían en que Alemania e Italia «les ganen la guerra». Téngase en cuenta que estos países agresores le han montado a los rebeldes la organización ofensiva y defensiva de que pueden disponer eficazmente. Tienen cuerpos de ejército italianos, con sus generales y hasta comisarios políticos. Tienen técnicos alemanes para todas las armas. Los aeródromos funcionan casi en su totalidad con material y personal alemanes e italianos. Asimismo poseen fuerzas coloniales y moras, que, según el tratado de Algeciras, no pueden ser estimadas españolas. En el instante mismo de retirarse todo este aparato bélico extranjero, la moral de los facciosos caería verticalmente. Y para las fuerzas de la República sería puro juego recuperar las ciudades y los campos, que están anhelando entregársenos. No se olvide que los españoles de la zona rebelde están sintiendo la abrumadora vergüenza de una colonización. El verdadero pueblo español ansia la oportunidad de librarse de esta pesadumbre.

Finalmente, guiso el periodista saber cómo se organizaría España después de la victoria de la República, y el Presidente del Consejo dijo:

—Como España quiera. Mi opinión personal es que España seguirá siendo una democracia, simplemente, porque el triunfo se deberá a la concurrencia democrática de todas las fuerzas políticas del país. Ningún partido podrá alzarse con la victoria. Tal vez el poder del Gobierno adquiere un carácter ejecutivo más marcado. Tal vez nos aproximemos a la concepción norteamericana de la democracia. Ello dependerá de lo que España quisiese. Lo indudable es que ninguna fracción podría estrangular la voluntad de las otras. Tenemos demasiada experiencia para que no sintamos desgana por las dictaduras. Es probable, asimismo, que al terminar la guerra se vea la necesidad de alguna reforma constitucional, que la misma Constitución prevé, a los fines de hacer más eficaz de la autoridad del Gobierno. En este caso, sería la democracia la que autodeterminase las rectificaciones a que hubiese lugar. Justamente se apoya mi opinión en lo ocurrido en las Cortes durante las recientes sesiones. Quizá no se haya comentado debidamente esta comprobación del espíritu democrático del país. El Gobierno se había atribuido, en hipótesis, durante cuatro meses, la confianza del Parlamento. Los apremios de la guerra le impidieron acudir antes a rendir cuentas de su gestión. ¿Qué más se puede pedir a unas Cortes, en que estaban representadas las fuerzas políticas del país, incluso las de derecha, que la elevada comprensión de que hicieron gala al aprobar la gestión del Gobierno e incluso otorgarle los poderes necesarios para que siguiese desarrollando su política de guerra? Las Cortes pudieron, y no lo hicieron, reclamar un balance en que figuraban infortunios militares, pero comprendieron que éstos no eran imputables al Gobierno, sino a la falta de medios. Renovaron por aclamación su confianza, y al obrar así demostraron la madurez y la sensibilidad de la democracia republicana.

La Navegación Marítima de Alicante ha comunicado que el martes, día 5, por la tarde, se encontró en la playa de Calpe, a milla y media de Moraira, un torpedo que fué descubierto por una barca de pesca y del cual se hizo cargo el personal especializado, que, al efecto, se envió a dicho lugar.

Las características del torpedo son las siguientes:
Longitud, 5'20 m. Diámetro, 0'45 m.

Estas características corresponden a los torpedos de construcción italiana.

Es de notar la circunstancia de que el hallazgo se verificó en la parte de la costa correspondiente al sitio donde, al parecer, fué objeto de un ataque el destructor "Basilik".

Los submarinos italianos que llevan torpedos de 45 centímetros, como el que se encontró en Calpe, son: «H-1», «H-2», «H-3», «H-4», «H-6» y «H-8», y los «X-2», «X-3» (minadores) tipo «Bernardis».

En la flota alemana no hay submarinos que lleven torpedos de dicho calibre.

En Vigo se deja de pescar porque las redes extraen muchos cadáveres

Los facciosos de dicha población fusilaron al diputado socialista don Ignacio Seoane Fernández

BURDEOS.—Se tienen noticias de Vigo, dignas de todo crédito, por las que se sabe que las embarcaciones tuvieron que suspender la pesca de «Arrastre de Vieira», porque los pescadores extraían con las redes muchos cadáveres.

Se sabe que son los de los asesinados por los fascistas, que luego son arrojados al mar.

Se ha sabido, al mismo tiempo y por el mismo conducto, que el día 26 de agosto del año actual, fué fusilado por los facciosos de dicha población de Vigo el diputado a Cortes por Pontevedra, de filiación socialista, don Ignacio Seoane Fernández. También fué juzgado su padre, al que se condenó a quince años de prisión.

Levantamiento popular contra la Gestapo

En Essen (Oldemburg), fueron detenidas por la policía siete mujeres, que estaban repartiendo ante una iglesia ejemplares de la Encíclica del Papa. El pueblo en masa invadió la casa del capellán, pidiendo la libertad de dichas mujeres. Los sacerdotes, antes de la misa, pidieron a todos los fieles que no armaran escándalo. A pesar de ello, volvieron a introducirse en la casa del capellán, en donde seguía interrogando a las mujeres. Los propietarios de coches de aquellos alrededores se negaron a poner los vehículos a disposición de la policía para trasladar a las mujeres, en vista de la actitud de la muchedumbre, que amenazaba con prenderles fuego.

A las siete de la tarde, seguía la muchedumbre rodeando la casa del capellán. Continuamente se oía gritar: «¡Poned en libertad a las mujeres!» En casa del capellán, entró una Comisión. El alcalde trataba, en vano, de restablecer el orden. Por fin, hubo que dejar salir a las detenidas, que fueron recibidas con entusiasmo. En grupos, penetraron en la Iglesia. De repente, empezaron a sonar las campanas. La muchedumbre siguió a los policías, con ánimo de atacarles. Solamente cuando éstos amenazaron con hacer uso de los fusiles, consiguieron disolver a la gente. Pero continuó reinando el desorden durante algún tiempo.

Finalmente, se celebró una misa por la liberación de las mujeres.

(«Die Rote Fahne», 1937.)

En tercera página:

Los mapas gigantescos del Forum de Roma

Las pesadillas de Mussolini Una carta interesante

Por MICHAEL GOLD

"Cuántas cosas terribles pueden haber sucedido en el lado rebelde y cuán poco se ha sabido de ellas"

En la revista literario mensual, que con el título de "Das Wort" ve la luz en Moscú, se ha publicado el artículo que a continuación traducimos:

Como la mayoría de los farsantes, de los especuladores y de los asesinos, Mussolini no duerme bien. Recientemente, sus noches fueron horribles, a pesar de que los días parecían de gloria y esplendor.

Por ejemplo, después del día histórico en que dijo que Inglaterra marchaba hacia la perdición, al mismo tiempo que enviaba 50.000 hombres más al desierto africano, se imaginó que había hecho un informe magnífico y no sufrió tanto como de costumbre de su indigestión crónica; pero a pesar de eso, tuvo un sueño particularmente malo.

La víspera había trabajado hasta muy tarde en la redacción de una nota injuriosa contra Abisinia.

Engulló las píldoras estomacales, se quitó el corsé militar y su lacayo —uno de sus lacayos— le trajo un calentador de lujo. Calentador de príncipe.

Su joven masajista favorito trabajó su cuerpo, hinchado como el de quien se va haciendo viejo.

Sin embargo, Mussolini se sentía bastante bien y estaba a punto de adormecerse dulcemente, cuando, de pronto, se vió de golpe obligado a hacer, durante seis días, la gran vida de dictador.

Parece que estaba soñando con macarrones, con la guerra y con bellas vírgenes «Cabezas negras», cuando de repente entró Napoleón.

—Buenos días, Benito— murmuró el pequeño dictador corso con una sonrisa sarcástica en su pálido rostro.

—Buenos días, Bonaparte— dijo Benito, un poco desconcertado—. ¿Por qué me visitas a estas horas? Tengo que dormir. ¿Y por qué ese aire celoso?

Napoleón sintió deseos de reír; pero los dictadores son como unos maniáticos, que no saben reírse.

—¿Celoso?— contestó con su sonrisa sarcástica—. ¿Celoso de ti, que no tienes más que medio año, a lo sumo un año de vida, pues vas a caer en manos del verdugo?

—¡Bah!— dijo Mussolini valientemente—, hasta ahora me he mantenido bastante bien. Mi suerte y mi inteligencia me ayudarán también en el porvenir.

—¡Uf!— replicó Napoleón—; yo vivía bajo una estrella más feliz; tenía más inteligencia que tú, y sin embargo, fui a parar a Santa Elena.

—Me niego a discutir con un hombre que ha hecho bancarota— se exaltó Mussolini. Le volvió la espalda y apretó el calentador contra su vientre.

Napoleón fué creciendo, creciendo, con sus insignias, sus botas y su sombrero, hasta tocar el techo. Y luego se dejó caer sobre el pecho de Mussolini.

—Pequeño Ben— susurró—, todo dictador es un bancarotista.

—¿Conoces a uno sólo, a uno sólo siquiera, que haya triunfado verdaderamente?

Aunque sigas vociferando como hasta ahora, mezquino e hinchado imitador de mí mismo, no puedes engañarnos, ni a la Historia ni a mí. ¿Dónde están los dictadores de ayer? Murieron en el destierro, o bajo el puñal del asesino. Y sus sistemas se hundieron con ellos.

—¡NO! ¡NO!— gritó Ben airado—. ¡Yo existiré siempre! ¡El fascismo vivirá mil años!

El espíritu de Napoleón hizo algo extraño: un ruido de buena digestión tan terrible que la estancia se llenó de un aire envenenado que daba angustia.

—¡Gas!— dijo Napoleón—. Los dictadores somos de gas.

Yo creía poder detener una revolución popular, Benito. Pero he muerto en Santa Elena y la revolución siguió. Tú también has tra-

cionado a una revolución. Al final, vencerán ellos, porque siempre ven-

—¿Ellos? ¿Ellos?— exclamó Mussolini con desprecio—. ¿Quién son ellos?

—El Pueblo— susurró Napoleón maliciosamente—. ¿Qué dijo Lincoln? Que Dios debe amar a las gentes humildes, puesto que ha creado tan gran número de ellas.

Voltaire gritó: *Ecrásez l'infame*; «Pájaro en mano vale más que ciento volando». «Los caminos de la Gloria conducen al sepulcro».

Ante tales disparates, Mussolini saltó furiosamente de la cama y arrojó el calentador contra Napoleón.

El pequeño corso desapareció riéndose burlescamente, dejando tras sí un olor repugnante a gas y a muerte.

Musso, el maniático, se había puesto tan nervioso, que sudaba. Intentó adormecerse de nuevo y pensar en cosas agradables; en sus órdenes, en sus uniformes, en sus discursos. Pero entonces surgió ante él una figura larga: un hombre pálido con alta y pura frente y ojos tristes. Estaba completamente desnudo y horribles heridas le cubrían desde la frente hasta los tobillos.

—¡Fuera de aquí!— gritó Mussolini con los ojos saltándosele de las órbitas—. ¿Quién eres tú?

—Mateotti— dijo la larga figura con toda tranquilidad—. Mateotti, al que hiciste asesinar por tus bandidos. De la misma manera que has mandado asesinar a miles de tus antiguos compañeros del partido socialista y del sindicato. ¿Crees tú que se nos ha olvidado? ¿Puedes olvidarlo tú mismo?

Se inclinó, más cada vez, sobre el dictador asustado.

—¡Traidor! Te acompañaremos hasta la muerte. Marcharemos a tu lado por Abisinia y por Austria. Estamos en las fábricas donde se hacen tus armas; estamos en las pequeñas casas de campesinos y en los corazones de las madres. Te acompañaremos hasta la horca cuando seas colgado.

—Tú estás muerto y mudo— gritó Mussolini—. No eres más que una mala pesadilla. En Italia los trenes funcionan con puntualidad. Ha comenzado la era heroica.

Mateotti no contestó; pero su silencio era más terrible que todas las palabras que hubiera podido pronunciar.

—¿Quién me ahorrará?— siguió Mussolini—. ¿Quién se atreverá?

—El Pueblo— dijo Mateotti, de cuyas heridas brota la sangre.

Desapareció. A la cama de Mussolini se acercó una campesina, pequeña y arrugada.

—Madre, ¿qué haces tú aquí?— gimíó el dictador—. ¡Vete, madre! Tú no debes ocuparte de política!

La viejecita lloraba.

—Hijo mío— contestó entre lágrimas—, ¿por qué has sido tan malo con tu pueblo? ¿Es eso cristiano? Los campesinos padecen hambre y tú les arrebatas sus hijos para una nueva guerra.

—¡Madre, vete! ¡Te hago detener como rebelde!— rugió el dictador como desesperado.

Peró la madre continuó tristemente.

—Tu padre era trabajador y socialista. Ahora está muy enfadado contigo. No quiso venir acompañándome para prevenirte.

—¿Prevenirme? ¿Contra quién? ¿A qué tengo yo que temer?

—Al Pueblo— dijo la madre tranquilamente. Y desapareció, mientras Mussolini, arrastrado por la costumbre, gritaba:

—¡Detenedla! Dadle aceite de ricino!

Peró esto no era aún el fin de la noche.

Banderas rojas llenaron la habitación, al mismo tiempo que la inundaban también las notas de «La Internacional».

Ben sacó la pistola y disparó todos los proyectiles.

Una cosa grande y negra penetró en la alcoba. Intentó atraparla; se revolvió furiosamente, enloqueció para lograrlo; pero no lo consiguió.

Volvió de nuevo Napoleón, ahora con la emperatriz Josefina; bailaron un can-can sobre la cama de Mussolini, y al bailar chorreaban sangre.

Alguien volcó una caja llena de órdenes militares sobre su cabeza y no podía respirar.

Después iba en un avión y del cielo llovían limones, hojas volantes y spaghetti. Y las alas del aparato se quebraron. Caía, caía... ¿No iba a terminar aquello nunca?

El Zar entró a la cabeza de un ejército de princesas desnudas. Se rieron y burlaron de Mussolini.

Un mozo campesino italiano tocaba una flauta. La flauta se convirtió en ametralladora que tiraba sobre él. Y otra vez banderas rojas y «La Internacional» de su infancia.

Su padre, un robusto maestro herrero, golpeó con un martillo sobre la cabeza de Mussolini, al ritmo de la música.

De pronto, el dictador comenzó a gemir terriblemente. ¡Se le había ahogado!

—Mamá— lloraba. Y despertó.

¡Socorro! ¡Socorro! ¡Luz!

Los sirvientes acudieron. Están acostumbrados a sus pesadillas y acudieron con luces.

Mussolini se sentó temblando ante la mesa de su despacho y escribió una serie de nuevas y terribles instrucciones...

Este BOLETIN se reparte gratuitamente

"HERALDO" EN PARIS

Va pasando el ramo de locura de muchos reaccionarios franceses con respecto a España

Entreviú con Jean Cassou

(Conclusión)

Llego, en fin, al término de mi charla, con el insigne polígrafo e hispanista francés Jean Cassou. Larga charla, al darle yo forma, habiendo sido, no obstante, muy breve, en la realidad de la entrevista. No es mi culpa —y si mi alborozo— que su verbo, martirizadamente sintético, estuviera tan henchido de materias fundamentales.

El patriotismo de los internacionalistas

—El patriotismo sigue vinculado al pueblo. Vuestros aristócratas, vuestros poderosos, por salvar sus privilegios e intereses, abren la puerta de la patria al Extranjero. Nuestros aristócratas, nuestros poderosos, se fueron también a Coblenza a buscar el apoyo extranjero contra Francia. En Rusia ocurrió lo mismo. Y, sin embargo —se dirá—, el pueblo, la masa, es cada vez más internacionalista... En efecto; pero, precisamente, el espíritu internacionalista es el que defiende con más ardor el postulado de la libertad y de los pueblos. Un fascista, es decir, un nacionalista alemán o italiano, va a España a luchar egoísticamente por Alemania o Italia. Un antifascista, es decir, un internacionalista alemán o italiano, va a España a luchar generosamente por la libertad y la independencia de España. El patriotismo del internacionalista se define, pues, sobre todo, por el hecho de que, para él, todos los patriotismos son sagrados. El patriotismo nacionalista es aquel que no considera respetable e intangible más patriotismo que el suyo. Un internacionalista evalúa el amor que los demás sienten por su patria por el amor que él siente por la suya propia. Un nacionalista evalúa su patriotismo, en la medida en que se siente dispuesto a desconocer el patriotismo de los otros. De no ser así, internacionalismo e imperialismo significarían la misma cosa, cuando, en realidad, significan cosas absolutamente dispares.

Jean Cassou, gran patriota —y gran internacionalista— mide, en suma, la tragedia del pueblo español por una transposición intelectual y afectiva de lo que sería una tragedia igual del pueblo de Francia.

FERNANDO DE LA MILLA

Paris, septiembre 1937.

de Derecho acerca de las ejecuciones en masa.

Me dice, además, que cuando estuvo en Gibraltar el otoño pasado, había oído de boca de refugiados de La Línea y Algeciras que muchos cientos de comerciantes, respetables doctores, abogados y otros intelectuales, habían sido obligados primeramente a firmar cheques por el dinero que tenían depositado en los Bancos, en España o Gibraltar, siendo después fusilados. En Gibraltar también encontró a mister Jay Allen, coresponsal de un conocido periódico inglés. Este señor fué uno de los testigos de las matanzas de Badajoz, que ha citado mister Koestler en su libro «El paño ensanglantado». Mister Allen llegó a Badajoz disfrazado el día después de haberse terminado las matanzas, y estima el número de fusilados en varios millares. Ni evidencia de mister Allen ni otra que cita mister Koestler, han sido puestas en duda por el comandante Mc Neill Ross en el folleto que hace mención el general Grover.

Por otro lado, mi informante me incluye una carta de un amigo inglés, residente también desde hace muchos años en España. El escritor de esta carta estima que en la idea en que él vivía, donde los gubernamentales fusilaron, a lo sumo, a veinte personas, los insurrectos fusilaron a trescientos entre hombres y mujeres. Finalmente, mi informante encontró en Tánger a un operador de cinematógrafo francés que había fotografiado una ejecución en masa y diversos con montones de cadáveres apilados, por lo que fué encarcelado en Sevilla. Este incidente sólo, demuestra cuántas cosas terribles pueden haber sucedido en el lado rebelde y cuán poco se ha sabido de ellas.

Desde la última vez que escribí, la British United Press nos ha informado que noventa mil personas habían sido encarceladas después de la caída de Santander; que tres tribunales militares funcionan día y noche en esta población, y que de cien a ciento cincuenta personas son juzgadas allí diariamente. De trescientos cincuenta juicios celebrados en Santander durante tres días, treinta y cinco terminaron con sentencias de muerte, y en Benos y Torrelavega fueron fusilados también el diez por ciento de los detenidos.

La crónica de dichos juicios es de fuente tan autorizada, que difícilmente se puede dudar de su autenticidad.

Por todo esto me siento cada vez más justificada en los temores que he expresado.

Creo que en el Norte se está desarrollando, sin ninguna o pocas protestas, una tragedia de dimensiones tan colosales, que espantará a la opinión humana si llegara a conocerla.

Siempre de usted afectísima, Catalina Atholl.

El alcalde de Ceuta Sánchez Prado, y el alto comisario, Alvarez Buylla, asesinados por los facciosos

CASABLANCA.—Un evadido español, que se encontraba en Ceuta al estallar el movimiento faccioso, ha manifestado que fueron fusilados por los militares rebeldes, el alcalde de aquella plaza, señor Sánchez Prado, y el alto comisario en Marruecos, señor Alvarez Buylla, entre otras muchas personas asesinadas.

(«El Pueblo», 6-X-1937.)

Lo que ha hecho el Gobierno del Frente Popular por la juventud española

El Gobierno español del Frente Popular ha dictado una ley de defensa de la juventud española, la cual hasta ahora carecía de todo amparo social. Se ha rebajado a seis horas el trabajo de la juventud en las minas. Los palacios y castillos de los antiguos reyes y aristócratas se han convertido en establecimientos de convalecencia y reposo para la juventud. Todos los jóvenes aptos para el estudio pueden seguir una carrera, cuyos gastos costea el Estado. Hace poco se inauguró un Instituto especial para obreros. En todas las Universidades se han rebajado los derechos de matrícula. Los campos de deportes, que hasta ahora pertenecían a los ricos, han pasado a ser propiedad de las juventudes populares. A los hijos de los labradores les han sido concedidas gratis, par-

las de las tierras que pertenecían hasta hace poco a los grandes propietarios fascistas.

La juventud popular española ocupa hoy puestos en el Estado y en los mandos del Ejército.

En las regiones donde ha establecido Franco un poder de terror, apoyado por Hitler, no existen estas leyes. Miles de jóvenes que defendían esos derechos fueron asesinados por las legiones franquistas.

¿Puede estar en pugna la juventud española, que lucha por la libertad y por la justicia social, con la juventud alemana? No. Jamás. Las juventudes española y alemana tienen que unirse. La juventud alemana no debe ser utilizada por Hitler para servir de carne de cañón a los rebeldes españoles.

(«Die Rote Fahne», 937.)

Los mapas gigantes del Forum de Roma

Sobre una muralla cercana al Forum de Roma, Mussolini ha hecho pintar unos mapas gigantes. Representan al Segundo Imperio Romano, resurrección política y geográfica del Primero. Comprende Italia, con sus islas próximas —todas— y las cinco provincias siguientes: España, África, Galia, Dacia y Asia Menor.

En África, el Segundo Imperio Romano posee ya la Libia y la Etiopía. Le falta por conquistar, Egipto, Túnez, Argelia y Marruecos.

En Galia aún no conquistó nada. Ni siquiera Córcega, Saboya y Niza, tan reivindicadas y suspiradas por los nuevos irredentistas francófonos. ¡Oh, Córcega, la isla de raza y lengua italianas, Córcega la de Paoli, Córcega la de Napoleón!... ¡Oh, Saboya, cuna de la dinastía que hizo la unidad! ¡Oh, Niza, la patria de Garibaldi, el condotiero heroico de la Libertad civil!... El fascismo las reclama. El fascismo las considera próximo botín de la inmediata victoria. Victoria lograda con el auxilio de Alemania. Los güelfos modernos remontan el curso de la Historia, se reconcilian con los Gibelinos y les piden ayuda bélica. El bárbaro teutón no es ya un invasor, sino un amigo. Y Mussolini ha ido a ver a Hitler como Crispien fue a ver a Bismarck. ¿Por qué no? Prusia y el Piemonte atacaron al Austria imperial, orgullosa de su lema, *Viribus Unitis*. Prusia, con Moltke, venció en Sadowa a Benedek y marchó sobre Viena. El Piemonte era vencido por tierra en Custozza y por mar en Lissa. La Mármora huía ante el archiduque Alberto, y Pesano ante Thegetoff. Pero el triunfo del Norte anulaba las derrotas del Sur. Los vencidos piemonteses se hacían dueños de la Península, como si el doble desastre, terrestre y marítimo, que habían sufrido, hubiera sido la más gloriosa y fecunda de las victorias. Mussolini espera que, si al invadir a Francia por los Alpes es rechazado sangrientamente, los alemanes, victoriosos en el Norte y el Este, le den, por lo menos, Córcega, Niza y Túnez. Tal vez sea tan magnánimo que renuncie a Saboya.

En España, el Segundo Imperio Romano, posee ya vastos y fértiles territorios insulares y peninsulares: el archipiélago balear, salvo Menorca. El litoral de Andalucía, desde Almuñécar a Cádiz, Granada y Córdoba, donde ha puesto guarniciones. Sevilla, aunque los alemanes hicieron del aeródromo de Tablada un compartimiento estanco, Zaragoza, en poder de los Llamas Azules. Santander, que ha visto ondear, sola, la bandera italiana, saludada por el generalísimo Bastico, delante del rostro cínicamente impasible de Franco. También parece que se ha apoderado de Huesca, pues allí han aparecido los «Flechas Negras».

Pero quedan Dacia y el Asia Menor. Dacia, es decir, Rumania, o a lo menos sus llanuras válacas, que el español Trajano dió a sus legionarios de España, no tiene fronteras con Italia. Se interponen Yugoslavia y Hungría. ¿Cómo hará Mussolini para anexionarse al reino de Nicolás de Hohenzollern? ¿Invocará el derecho de Italia a poseer petróleo y forzará los Dardanelos con una flota que haga desembarcar en la Dobrudja un ejército encargado de incautarse de los pozos petrolíferos de los Alpes

transilvanios? ¿Apelará a la Historia y sostendrá que los principes, triarios y camisas negras del fascio deben ser los herederos de los boyardos de Valaquia, así como éstos lo fueron de los legionarios colonizadores? Mas no es de creer que los rumanos se convenzan y se sometan de buen grado a la dominación itálica.

Queda aún el Asia Menor. Un Asia Menor con ramificaciones europeas, como la Tracia, el Bósforo y los Estrechos, Grecia y las islas... De todo ello, Italia únicamente es dueña de la ilustre Rodas de los caballeros, los asedios turcos y el Coloso. Ha de invadir y conquistar a griegos y turcos. Los griegos, que bajo Metaxas no son muy temibles, se defenderán, sin embargo, y quién sabe si surgirán entre ellos, al trágico llamamiento de la independencia en peligro, algunos nuevos Botzaris. Y en cuanto a los turcos...

¿Cómo acogerá Mustafá Kemal, hoy Kemal Attaturk, defensor admirable de los Dardanelos contra ingleses y franceses, vencedor de Grecia, soldado circunstancial de Albion, en ese Marne otomano que fué la batalla del Sangarios, constructor de la novísima Angora, creador de la Joven Turquía republicana y laica, sin fe y con alfabeto latino, las pretensiones imperialistas de Mussolini? ¡El Segundo Imperio Romano en Atenas, en Angora, en Esmirna y en Constantinopla! ¡El Segundo Imperio Romano buscando, junto a los baluartes de Andrínópolis, tan tercamente defendidos de los búlgaros por Arukri Bajá, el esqueleto del emperador Valentiniano, víctima de su imprudencia!... ¡El Segundo Imperio Romano expulsando al Corán de Santa Sofía!...

¿Bluff? ¿Jactancia ridícula? ¿Teatralismo? Sin duda. Pero, no obstante, conviene ponerse algo, y aún mucho serio, frente a los mapas del Forum de Roma. Abisinia fué invadida y conquistada. España lo está siendo. Ya, el Estado Mayor francés se viene preparando a una acción defensiva en los Alpes de Saboya y estudiando las campañas de Massena en Liguria, por si llega el caso de resistir en el Var y en la Costa Azul... Nada hay más peligroso que un megalómano irresponsable y libre de controles. Es decir, si lo hay: dos megalómanos que unen sus demencias...

FABIAN VIDAL

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN.)

Se autoriza la reproducción de cuanto se publica en este BOLETIN

Una "interview" con el verdadero rey de Italia

Mussolini y Hitler acaban de despedirse efusivamente. Han levantado el brazo al tiempo que la *Reichswehr*, marcando el paso de la oca, levantaba los pies. Después, el Duce, saludando como un rey, ha vuelto a tomar el tren, cuyas vías guardaban 300.000 hombres armados por si acaso cualquier ciudadano demasiado entusiasta hubiese deseado arrojarle unas flores.

Sin embargo, en Roma hay otro rey que no ha despertado la curiosidad de ningún periodista, de ningún fotógrafo, sin duda porque no es más que un rey legítimo. Víctor Emmanuele, emperador de todos los abisinios ha quedado en cuarentena en su palacio, mientras que el usurpador gozaba de las aclamaciones de la muchedumbre.

Ahí es donde hemos querido sorprenderle, pues pensábamos que tendría una pequeña idea de la cosa...

Cómo hemos podido llegar hasta el rey de Italia, es un secreto. Sólo diremos que las majestades son a veces, muy fáciles de conmover, desde que se inventó el teléfono, los ujieres y las mujeres fatales.

Nosotros esperábamos ver a Víctor Emmanuele en un sillón volteriano en forma de trono, con traje de Corte guarnecido de borlas, amuletos, plumas de avestruz, etc... Pura fantasía. El rey estaba vestido con un traje de casa, gris, y sus nobles pies estaban calzados con zapatillas.

Lo que choca primero en Víctor Emmanuele, es que siempre se le ve desde arriba, aun cuando él sea de talla media. Sin duda, es justo, razonable y necesario que los conductores de hombres tengan el ombligo por debajo de la barandilla de la tribuna para poder arengar sin peligro a las gentes. De todas formas, el rey de Italia desaparecería demasiado en una tribuna y por ello es otro no mucho más alto, pero sí mucho más pesado el que habla de ordinario en su lugar.

Con voz algo cascada, pero muy digna, responde Víctor Emmanuele a nuestras preguntas indiscretas.

—¿Qué pienso yo?... En realidad, veo todo eso de muy lejos ahora. Se acostumbra uno a todo. ¿Me permite usted que vaya a ver si hay algún alabardero de honor detrás de la puerta? Por qué me los mete hasta debajo de las mesas... "No hay nadie señor. Ya había mirado yo bien todos los rincones porque tengo la pretensión de volver a Francia entero.

—Vea usted amigo mío; todo esto es muy delicado. No hay que olvidar que me salvó en unos momentos en que mi corona oscilaba un poco sobre mi cabeza. Pero no nos entendemos. No tenemos el mismo pensamiento. El es demasiado... digamos sanguineo, demasiado agitado. Tiene demasiada mandíbula, demasiados dientes, demasiadas caderas.

Me da dolor de cabeza y prefiero no estar mucho a su lado para que sea él solo el que no soporte a Europa.

—Bien dicho, señor. Pero, ¿no tiene usted la impresión de que si se le deja hacer acaben mal las cosas?

—No sé yo quien se encargue de contrariar el destino; la época de los reyes ha pasado. He comprendido que era preferible para mí aceptar el retiro; mi lista civil es aceptable y disfruto de un descanso feliz mientras otro se encarga de asumir espantosas responsabilidades en mi lugar.

En este momento el aparato de Radio a cuyo botón había dado vuelta mi real interlocutor, se puso a aullar como una bestia enloquecida.

El rey cerró y se hizo el silencio.

—Mire, me dijo mostrándome un retrato que colgaba de la pared, ese zuavo; es mi abuelo Víctor Emmanuele II. Vuestros turcos le hicieron cabo porque los había entusiasmado en Palermo. En aquel tiempo, los jefes combatían aún a la cabeza de sus tropas. A su lado, Garibaldi, el de la camisa roja, el viejo león que odiaba la esclavitud y hablaba claro a los tiranos... Más allá, vea usted al verdadero servidor de nuestra dinastía: Camilo Benso, conde de Cavour. Si resucitase ahora, él tan fino diplomático en quien el sentido del ridículo era como un instinto, sonreiría sin duda porque no podría soportar los sombreros con pluma... Pensaría que la Casa de Saboya tiene un bello pasado y que toda esta historia no es sino un recuerdo.

—Nosotros tenemos la culpa, señor. Sin Napoleón I no habría existido la unidad alemana, y Napoleón III fué quien realizó la unidad italiana. El César llama a César...

Víctor Emmanuele volvió a coger las tijeras, se ajustó la ropa y me dijo como despedida:

«Hay algo que me consuela, que existe una suerte peor que la mía; la del Papa... ¡Pobre viejo, lo han engañado con un pequeño ferrocarril!»

JEAN NOCHER

(«L'Oeuvre», 1-X-937.)

La lucha por la cruz de la escuela de Konnersreuth

El maestro nacionalsocialista Arnold, quitó un día la cruz de la escuela católica de Konnersreuth, diciendo que le estorbaba.

Los habitantes de este pueblo le dieron un plazo para que pusiera la cruz en su sitio, y cuando expiró aquél, se presentaron ante su casa unas cien personas, la mayoría hombres. Tres de éstos entraron a pedir al maestro que les devolviera la cruz; pero éste se negó y avisó a la policía. Cuando el agente tomaba los nombres de unas cuantas personas, se ofrecieron las demás a ser anotadas igualmente. Nadie abandonó la plaza. Dijeron: «Nos quedamos aquí hasta que se nos devuelva la cruz, aunque tengamos que esperar todo el día. Entonces llegó otro agente con un perro policía y amenazó con soltar el can si no se disolvían los manifestantes. Como fuera desobedecido, sacó el revólver y apuntó hacia la multitud. En este momento, se adelantaron varios hombres, gritando: «¡Por la cruz estamos dispuestos a morir en cualquier momento! Ya estuvimos en la guerra y fuimos heridos varias veces.» Los agentes no tuvieron otro remedio que guardar sus armas y marcharse. Al día siguiente, los policías de Konnersreuth sacaron la cruz de casa del maestro y la llevaron a la escuela.

(«Die Rote Fahne», 1937.)

Trascendencia de la lucha española

Por ANGEL LAZARO

Desde que el mundo empezó a enterarse de cuál era la verdadera significación de la lucha provocada en España, no hay duda de que se ha ido manifestando un gran movimiento de simpatía y devoción hacia el pueblo español y el Régimen de Democracia que ese pueblo defiende actualmente; pero nosotros esperamos que no tardará en producirse también el siguiente hecho: el homenaje unánime, manifiesto oficial —digámoslo así— de todos los hombres que en el mundo tienen una investidura política, hacia quienes en España han sabido mantener la dignidad del poder civil frente a una sublevación armada sin precedentes.

Políticos de todos los países, de izquierda o de derecha, conservadores o avanzados, se encuentran ante el caso —el más ejemplar en la Historia, sin duda— de unos gobernantes que, privados en el primer momento de su casi totalidad de las fuerzas represivas del Estado, han sabido mantener la dignidad de ese Estado y rescatar la autoridad, apoyados únicamente en su fuerza moral, en su investidura ciudadana, otorgada y defendida por todo un pueblo.

El precedente que sienta de esos gobernantes y su trascendencia para el futuro político de las naciones, no puede ocultarse ya a cuantos hombres en el mundo, desde todos los credos, desde todos los sectores, practican alguna función pública, esto es, se hallen investidos de alguna representación política, desde la más modesta hasta la más alta.

(Facetas de Actualidad, Habana, Cuba)

LA VIDA ACABA MAÑANA

Los jefes facciosos ya se preparan para el día de su derrota

Se está produciendo en la retaguardia insurgente —escribe en «El Pueblo», de la Habana, Millán Vázquez— un fenómeno curioso que invita a la reflexión. Los militares sublevados que se alzarán contra la República enarbolando una bandera digna de los tiempos inquisitoriales, por el sentido regresivo del movimiento, comienzan a «liberalizarse».

No los magnates, desde luego, no los altos jefes, sino los de segunda y tercera, los jefecillos.

Al principio se produjo una verdadera orgía de asesinatos contra todo lo que oliera a republicanismos. Los masones, los pobrecitos masones que ni siquiera se habían preocupado de la política, se vieron sometidos a una de las preocupaciones más sangrientas que recuerda la Historia.

Hubo hombres que por el solo hecho de no concurrir a los santos oficios, tuvieron que pagar multas elevadísimas y padecer la ruina de sus haciendas, sin que mediara en ello para nada el credo político de la persona perseguida.

Los exilados que arriban estos días a estas tierras cuentan que algunas autoridades facciosas se están volviendo «benevolentes» con las gentes de espíritu liberal que no cayeron en las primeras «sangrías». Tratan ahora mejor a los que creen hasta cierto punto «izquierdistas» que a los que «no lo son». Los derechistas acaudalados, desde luego, se ven obligados a demostrar su «entusiasmo» por la causa, contribuyendo obligatoriamente con fuertes sumas. Hay propietarios y monopolizadores que no se recatan de declarar que «esto es el comunismo». Para ellos, la doctrina se reduce al balance de sus cajas de valores. Como se las están vaciando las gentes que se levantan contra la República, creen que «esto es el caos».

La súbita «benevolencia» con los elementos liberales puede explicarse del modo siguiente:

Los jefes de plazas, comprendiendo que la batalla está perdida, comienzan a preparar la «retirada». De este modo, dando facilidades para la huida a elementos que pueden ser influyentes en el campo republicano, se aseguran ellos, a su vez, la clemencia que será necesaria cuando sea liquidada la etapa vergonzosa de la sublevación militar, con la indiscutible victoria de la República.

Naturalmente, como antes hemos dicho ya, semejante «sentimiento» no alcanza, en modo alguno, a los dirigentes y responsables de la sub-

levación. Los generales saben todos «que la vida termina mañana». Para ellos no podrá tener clemencia jamás un pueblo con el cual han cometido uno de los crímenes más monstruosos que recuerde la historia. Pero quedan los subalternos, culpables, naturalmente, pero en grado menor.

Estos son los que, comenzando a ver oscuro el horizonte, se dedican a preparar, si no el perdón, por lo menos la clemencia a la hora del juicio. En fin de cuentas, los generales siempre dispondrán de aviones para una «retirada a tiempo».

Tienen mayor importancia de lo que se le concede en estas latitudes ese fenómeno de los levantamientos que todos los días están siendo sofocados en la retaguardia fascista. Aparte de las consecuencias terribles que pueden remitir a los frentes, los motines internos obligan a Franco a entregarse cada día más en manos de los ejércitos extranjeros que luchan a su lado. Es la desesperada. Un día, el menos pensado, estallará una insurrección de tremendas proporciones y veremos apuntar sus fusiles contra los invasores.

Este camino quedó abierto para ellos a partir del último discurso del señor Azaña. Saben ya los que no tienen un crédito de «izquierdismo» que la República sigue en pie y no ha perdido la generosidad que siempre ha sido su característica. Italianos y alemanes son gente extraña y conquistadora. No pueden evitarlo. Un soldado del Rhin desembarcará siempre en tierras extranjeras con el aire de amo y señor dispuesto a hacerse obedecer con el látigo en la mano. Y los españoles jamás consintieron ningún género de esclavitud.

Por eso vemos ahora tornarse «benevolentes» a los pequeños jefes sublevados. No debemos extrañarnos. Todavía nos quedan por ver muchas cosas.

(«El Socialista», Madrid, 6-X-937.)

Las informaciones que publica este BOLETIN responden siempre a la veracidad más estricta

Dstrucción de libros en el campo faccioso

Por T. NAVARRO TOMAS

Un reciente decreto de la Junta facciosa de Burgos ordena que se realice el escrutinio de las bibliotecas de Universidades, Institutos, colegios, escuelas, casinos, sociedades y centros de cualquier carácter, y se proceda a la destrucción de todas aquellas publicaciones que por su sentido, tendencias o enseñanzas puedan considerarse contrarias a la ideología fascista. Se habían dado ya en el campo rebelde repetidos casos en que habían sido quemadas las obras de determinados escritores de pensamiento liberal. El decreto aludido, siguiendo el ejemplo del nazismo alemán, establece y organiza oficialmente tan monstruosa destrucción.

Las mejores bibliotecas están entre nosotros

Por fortuna, las más ricas bibliotecas de España se encuentran en Madrid y Barcelona, fuera del alcance de la Junta de Burgos. Las Comisiones depuradoras, en las que figuran representantes falangistas, eclesiásticos y militares, no tratarán seguramente, de revisar las viejas colecciones monásticas recogidas en las antiguas bibliotecas provinciales de Cáceres, León o Zamora. Su atención va a recaer de manera especial sobre los libros modernos, repartidos con generosidad desde el advenimiento de la República por las instituciones culturales del Estado, para extender por los pueblos los beneficios de la instrucción y el placer de la lectura.

El esfuerzo de la República

La República sembró millones de volúmenes de los mejores escritores españoles y extranjeros por pequeños y retirados pueblos y aldeas que jamás habían recibido de nadie el menor regalo espiritual. Los organismos encargados de este trabajo empezaban a encontrar eficaz colaboración de parte de los Consejos, escuelas y asociaciones de carácter popular. Creían de día en día las peticiones de libros, y se estaba llegando a la creación de una extensa y tupida red de pequeñas bibliotecas, llamadas a ser un poderoso instrumento en el desarrollo de la cultura del pueblo.

Al gran esfuerzo realizado en estos últimos años para combatir el analfabetismo, mediante la multiplicación y mejora de las escuelas, correspondía como complemento inseparable la difusión del libro y el estímulo y propaganda de la lectura. En virtud de este fervoroso esfuerzo, mirado con antipatía por los elementos antidemocráticos y reaccionarios del país, millares de humildes españoles, abandonados a una rudimentaria vida campesina, han podido tener por primera vez entre sus manos libros atrayentes e instructivos, proporcionados por los mismos misioneros que les hicieron admirar los mejores cuadros de Velázquez y Goya y les advirtieron y alegraron con la representación de algún entremés de Lope de Rueda o Cervantes.

¡Muera la cultura!

A esta labor viene a oponerse concretamente el decreto de revisión de bibliotecas de la Junta facciosa. Teníamos en España la organización más pobre del mundo en lo que se refiere a bibliotecas populares. Se empezaba a poner remedio a este atraso a costa de importantes sacrificios. El trabajo empleado en tal empresa se verá pronto borrado y perdido en las provincias sujetas al dominio de Franco. Entre los escasos materiales de cultura que nuestros pueblos poseen se va a hacer un daño que en su día habrá que volver a reparar con nuevos dispendios. Van a ser juzgados los libros por el valor de su contenido moral

e ideológico y por la conveniencia y utilidad social de sus tendencias y doctrinas. A la ordinaria dificultad de realizar con acierto tan grave tarea hay que sumar la parcialidad a que puede conducir el apasionamiento de los momentos presentes. Los falangistas, eclesiásticos y militares de las Juntas depuradoras no van a proceder, naturalmente, con demasiados escrúpulos. Los términos del referido decreto son bastante amplios y vagos para que toda publicación «indeseable» pueda caer bajo su fallo como elemento peligroso y disolvente.

Hoy, las bibliotecas...; ayer, los Institutos

Pero en realidad no se trata tanto de perseguir un determinado género de libros como de retirar de las manos de las gentes cualquier instrumento que pueda remover la inteligencia y crear dificultades que impidan seguir manteniendo a los pobres pueblos de España en la forzosa misión política y en la miserable situación económica a que hasta ahora han vivido sometidos. La des-

trucción de bibliotecas, del mismo modo que la supresión de Institutos de Segunda Enseñanza, decretada poco antes, y los comentarios de la Prensa fascista respecto al exoso de escuelas creadas por la República, revelan claramente los planes de los rebeldes españoles por lo que se refiere a la instrucción de las masas.

El Gobierno republicano multiplica las bibliotecas y conserva, en expurgos ni reparos, toda clase de libros, mientras la Junta de Burgos ordena su destrucción. En más de una ocasión, como en la Ciudad Universitaria y el Palacio de Buenavista, los soldados del Ejército popular han expuesto su vida por salvar colecciones en las que predominaban las obras de carácter teológico y religioso. Ningún temor puede existir de que el Gobierno del Frente Popular ordene la destrucción de los libros que no estén inspirados en principios liberales y democráticos. Contrastes como éste demuestran el profundo sentido de la lucha que en España se está desarrollando, y señalan a toda conciencia recta y horada del lugar que en la contienda le corresponde.

El escritor alemán Ludwig Renn afirma que la indiscutible victoria del pueblo español sólo podrá ser retardada por el auxilio que prestan a los rebeldes los países fascistas

PARIS. — El escritor alemán M. Ludwig Renn ha hecho unas interesantes declaraciones alrededor de la lucha del pueblo español contra el fascismo.

Ludwig Renn, que lucha en las filas de la Brigada Internacional y cuya labor pacifista desarrollada a través de toda su obra literaria, le ha valido la persecución y encarcelamiento por las huestes hitlerianas, se ha expresado de esta forma, con ocasión de su visita a la Sociedad Alemana de Hombres de Letras de París, que celebró una interesante velada bajo el lema «El Congreso de Nuremberg y la cultura alemana», como réplica a la manifestación organizada por el dictador nazi.

—He comprobado que la situación militar y política de la Repu-

blica española ha evolucionado ostensiblemente de dos meses a esta parte, hasta el punto de que las tropas gubernamentales han tomado la iniciativa, con gran éxito, en los frentes del Sur, del Este y del Centro.

La nunca discutida legalidad y fortaleza del Gobierno republicano está hoy aún más asegurada por la disciplina y creciente capacidad del Ejército Popular y por el ensanchamiento de las bases industriales de la zona leal.

La victoria definitiva del pueblo español sobre el fascismo nacional e internacional —añadió—, es segura, y sólo podrá ser retardada por los importantísimos suministros de material de guerra y de soldados —sobre todo de estos últimos— que efectúan los Estados intervencionistas.

Unos italianos se niegan a seguir sirviendo a los facciosos y regresan a su país, y otros van por nuevos aparatos para asesinar niños españoles

LONDRES. — Por noticias recibidas de Gibraltar, se sabe que, recientemente, llegó al puerto de aquella plaza, procedente de Sevilla, el buque italiano «Franca Fasión». A bordo de dicho buque iban doscientos soldados de Mussolini, que volvían a su país.

Se asegura que se trata de elementos técnicos, cuyos contratos han terminado, y que han optado por volver a Italia, prefiriendo esto a seguir prestando servicio con los facciosos.

De la misma plaza dicen que a bordo del «Rex» embarcaron doce

oficiales italianos del cuerpo de aviación.

Estos manifestaron que iban a Italia a recoger unos nuevos aparatos con destino a los facciosos españoles.

También se sabe que en el puerto de Gibraltar y a bordo del «Vulcania», embarcó con destino a Italia el nuevo arzobispo de Sevilla, cardinal Segura.

Este, durante su permanencia de unos días en Gibraltar, se hospedó, con su séquito, en el «Rock Hotel».

Se dice que el viaje lo ha motivado una llamada del Papa.